

1. El patriarcado, alma del militarismo

EL patriarcado, como organización político social, se apoya sobre tres pilares fundamentales:

la jerarquía como relación recíproca de predominio y de supeditación, de supremacía y de obediencia, que instituye un sistema desigualitario en la sociedad,

la subordinación y la inferiorización de las mujeres, a las que se priva de sus subjetividad, que queda limitada a objetos de propiedad para uso del varón, se les reduce a un vientre que genera hijos e hijas y les garantiza descendencia, además de a cuidadora del hogar, de su cuerpo y de los de la prole.

la transmisión del conocimiento y del poder por vía masculina.

En el patriarcado, el poder es masculino y se ejercita mediante la violencia y el sometimiento de las mujeres, que representan la primera manifestación de "lo otro", que a su vez a sido minusvalorado y discriminado por la sociedad patriarcal, construyendo para "lo otro" una identidad cerrada en sí misma, una identidad autista, que rechaza el cambio porque se interpreta la diferencia en sentido antagonístico y excluyente. El poder que el varón encarna en cuanto fuente de autoridad, se ha estructurado como poder de someter lo otro a sí (tanto a la mujer como a cualquiera que pertenezca a otro grupo), para ejercitar un dominio total sobre el cuerpo y sobre la vida, recurriendo a cualquier medio.

El patriarcado, el universo androcéntrico, no sólo es misógino, además es profundamente racista, ya que instituye la superioridad de un grupo humano sobre otro grupo, autorizando la desvalorización y la deshumanización de lo otro y de la otra y legitimando formas de violencia para mantener a ese otro en una condición de inferioridad a la que se le ha destinado y a la que se le ha recluso.

Es justo dentro de este tipo de organización social, en el interior de las relaciones de jerarquía entre los sexos, en el deseo masculino de dominar, donde se encuentra el origen y la justificación de la opresión, de la violencia y de la guerra.

El triunfo del patriarcado a lo largo del tiempo ha traído la afirmación unilateral de los aspectos predominantes del modo de pensar y de sentir masculinos y de la eliminación de los modos de pensar y sentir femeninos.

El pensamiento analítico, lógico-deductivo que transcurre de modo lineal, separando y clasificando, delimitando el objeto de investigación para poder penetrarlo y poseerlo, típico del género masculino, ha prevalecido sobre el pensamiento femenino, sintético, inductivo, enraizado en la experiencia, receptivo, atento a las particularidades del contexto, alas diferencias que tratan de conectar, más que de separar.

Asimismo, en el plano de los sentimientos, el sentimiento masculino, más operativo y con tendencia a intervenir en la realidad para modificarla según sus proyectos, ha prevalecido sobre el sentimiento femenino, con tendencia a recoger emociones, a dejarse tocar por la situación, a custodiar en la memoria el sentido de lo vivido en las relaciones con las personas y las cosas.

Privándose de la comparación con el modo de pensar y sentir femenino, el pensamiento masculino ha desarrollado exclusivamente el logos, la razón descarnada, separada del cuerpo, que piensa lo universal y lo dice en el discurso como orden que gobierna la esfera pública la ciudad, dominada por el varón, así como la esfera privada, donde la mujer se ve relegada al papel de esposa, madre y criadora.

De este modo, el pensamiento masculino, dedicado a la posesión del mundo y a la manipulación infinita de los entes y los fenómenos, ha asumido el rostro siniestro de un pensamiento tiránico que modela la realidad a su placer, volviéndose despótico, obsesivo, paranoico, un pensamiento

único; la unilateralidad que lo caracteriza, lo petrifica y lo empobrece, condenándolo a repetirse, siempre idéntico, aunque cambien las situaciones; es un pensamiento que se asemeja al delirio, puesto que no se abre a la crítica, alejándose así cada vez más de la realidad donde viven los hombres y las mujeres en la singularidad de sus cuerpos, de sus necesidades y de sus existencias; es un pensamiento omnipotente que ha llegado a producir, precisamente a causa de esta lejanía, una tecnología delirante, capaz de destruir el planeta y aniquilar la humanidad, sin dudar de llamar progreso a este horror y a esta pulsión nihilista.

De todo lo que se ha dicho hasta ahora, se puede concluir que el patriarcado es una organización social intrínsecamente violenta, impositiva, basada en el arbitrio de la fuerza que se transforma en ley, un sistema jerárquicamente estructurado que instituye relaciones de dominio entre quienes se consideran superiores por sus valores y a quienes se les han declarado inferiores por falta de valores, un modelo de relaciones donde el grupo dominante se une para defender sus privilegios y para aniquilar a quienes osen amenazarlos.

Nacionalismo y patriotismo son sus hijos naturales, puesto que la idea de patria y de nación está fundada en la raíz paterna del poder y del conocimiento, que va acompañada de la idea de posesión y exclusión; mientras que el militarismo, poniendo en primer plano la jerarquía, la violencia aniquiladora del aparato bélico, el enemigo como mal absoluto por eliminar, es la institución que mejor lo refleja y que hace posible que se perpetúe en el tiempo.

La otra institución que expresa plenamente la lógica del patriarcado es la Religión (en concreto las religiones monoteístas), donde la misoginia, la jerarquía y el principio de autoridad asumen un carácter sagrado; la eliminación del infiel, en la guerra santa, es un deber ineludible para hacer triunfar la verdad en el mundo.

El Dios de la Biblia es de hecho el dios que posiciona a la mujer como ser secundario, creado para aliviar la soledad del hombre y darle una descendencia, en el llanto y en el dolor del parto; es el dios de los ejércitos y de la venganza, el dios guerrero que desencadena batallas tremendas por exterminar a quien no lo reconoce y no obedece su Ley. Es el justiciero inflexible, que, en el Apocalipsis, echa a arder cielo y tierra, destruyendo a gran parte de la humanidad y sembrando terror por doquier; es el dios que, por conciliarse con el hombre pecador, responsable de haber transgredido su mandato, no duda en sacrificar a su propio hijo en la cruz.

Las guerras que se combaten en nombre de este Dios, como quiera que se le llame en las religiones monoteístas, son siempre guerras justas porque son guerras santas.

Las religiones monoteístas, que, en el adjetivo que las califica, reclaman la unilateralidad intransigente del pensamiento único masculino, transforman el patriarcado, de fenómeno histórico en organización social eterna e insuperable, ya que está bendecida por Dios.

Existe una gran semejanza entre religión y militarismo: los rituales, la jerarquía, la obediencia a un mandato superior, la causa justa por la que morir, el amor sacrificado que ilumina la figura del héroe y del mártir, que quedará en la memoria y en la eternidad.

Patriarcado, religión, militarismo, nacionalismo y patriotismo habitan el mismo horizonte de la violencia desmesurada, de la intolerancia que no deja ser a lo otro. Juntos describen y defienden un sistema cultural cerrado, una identidad estancada que se declara nacer de sí misma, aislada totalmente y separada radicalmente de lo otro, con un modelo social rígido, esquemático, que se repite sin alteraciones en el tiempo de modo cada vez más agresivo.

El patriarcado, basado en el dominio violento de una parte sobre la otra, desencadena por lo tanto la guerra y la pone a su servicio en el sentido en que le da orden y forma mediante el control jerárquico, el rito de la obediencia a un principio superior, la ideología de la virtud viril al servicio de la patria y la civilización, la asimilación de las mujeres, a menudo orgullosas de ser madres de héroes y fascinadas por el uniforme que llevan, y por último la legítima, con ordenamientos jurídicos que de hecho suponen su continuación, pues lo hacen posible a través del tiempo.

3. La violencia: Ares y las Amazonas

Puesto que el patriarcado es una invención masculina, se ha llegado incluso a pensar que la violencia, el militarismo y la belicosidad son expresiones connaturales al cuerpo masculino y extrañas al cuerpo femenino, predispuesto a acoger la vida y cuidarla.

Pensar que la guerra es “cosa sólo de hombres” sería encerrarse en una especie de “dualismo ontológico de género” de naturaleza opuesta, que desmentiría la realidad de los hechos e impediría poner atención en la connivencia y el acuerdo de las mujeres con los hombres en la perpetuación del patriarcado.

Por lo tanto, no tiene sentido decir: “**estoy en contra de la guerra en cuanto que mujer**”, pues sería como decir que la no violencia pertenece, constitutivamente, a una presunta esencia femenina como tal.

Estar contra la guerra es, sin embargo, una elección individual, no una simple cuestión de género.

Aunque demos por descontada la diferencia de género, que comporta el reconocimiento de una estructura diversa y de un funcionamiento psíquico y mental diferente de la personalidad masculina y de la femenina, no podemos negar que la violencia pertenece tanto a los hombres como a las mujeres como polaridad destructiva, que junto con la constructiva está presente en todos los seres humanos. Tánatos, pasión nihilista, junto a Eros, pasión vital y creativa, nos influyen a nosotras y nosotros mismos y al mundo que todas y todos conocemos. Si nuestra experiencia se despliega entre el nacimiento y la muerte, en el curso de nuestra vida podemos realizar tanto gestos que renuevan y reproducen la creatividad que supone el nacimiento, como gestos capaces de anticipar la muerte, trayendo al mundo el aniquilamiento que caracteriza la muerte. La mitología y la historia nos lo confirman.

Veamos ahora el relato mitológico que da forma narrativa a nuestras pulsiones oscuras y violentas, en concreto, el relato que narra la creación de Ares, dios de la guerra, y sus amores.

Ares, como dice Kerényi, nació de Era de forma autónoma, del furor y la cólera, y se parece a ella precisamente en este aspecto. Era, diosa del cielo y esposa de Zeus, cansada de las continuas traiciones de su consorte, desea procrear de forma autónoma y Gea, diosa de la tierra, le presta su ayuda y le proporciona una planta que, en contacto con el cuerpo, proporciona fecundidad a las mujeres estériles. De este modo viene al mundo Ares, un dios al que ni siquiera los demás dioses tienen simpatía, ya que es portador de continuas luchas y batallas.

Ares sólo recibe el amor de su hermana Eris, en cuyo nombre resuena la discordia, y de Afrodita, la diosa de la belleza y del amor, esposa de Efesto, el dios constructor de armas brillantes y homicidas. Atenea no dudará en engañar a su esposo para abandonarse a la pasión irrefrenable por el belicoso Ares.

El mito nos cuenta que son precisamente las mujeres las que sienten una profunda atracción por la guerra que después los hombres combaten.

Esta disposición femenina a dejarse seducir por la guerra, que yace en nuestro inconsciente colectivo, es probablemente la que emerge en las mujeres – tal y como explica la psicoanalista Marina Valcarengi – cuando la sociedad patriarcal les pide hacer el gran sacrificio de donar un hijo a la patria. Para muchas es una petición que les exalta, pues les hace salir del espacio privado en el que están recluidas y condenadas, y les permite sentirse protagonistas, junto a los hombres, de una gran empresa pública. En este sentido, también la muerte del hijo se convierte en motivo de orgullo y de rescate, ya que las transforma de seres secundarios y anónimos en sujetos políticos en tanto que madres de héroes que han dado su vida por el bien de la patria.

Descendientes de Ares son las Amazonas, un pueblo de mujeres que se gobiernan de forma autónoma. Su principal pasión es la guerra, hasta tal punto que no dudaban en mutilar el cuerpo de las pequeñas, quemando o cortando uno de sus pechos para que no supusieran un impedimento en el uso del arco y de la lanza y para que pudieran combatir con la misma habilidad que los hombres. Resulta significativa la invocación de Pentesilea, reina de las Amazonas, en el libro *Cassandra* de C. Wolf. Pentesilea y sus compañeras combatían no sólo contra los griegos, sino contra todos los varones, y preferían morir en la batalla a terminar como esclavas de botín de guerra. Pentesilea está convencida de que el mundo, dominado por los hombres, es un mundo invivible para las mujeres y que es necesario combatirlo con la misma agresividad y violencia que utilizan los hombres. Sin embargo, pone de relieve que, a diferencia de los hombres, que son carniceros porque dar muerte les exalta y les divierte, las amazonas matan por necesidad, sin demostrar placer. Alguien le dice que en esta contraposición frontal no se puede vivir, se puede sólo morir, y Pentesilea lo confirma; suscitando el miedo de Hécuba. Esta se dirige a ella, afectuosa y con dolor: "Pequeña, quieres poner fin a todo". "Sí, lo deseo – responde decidida Pentesilea – porque no conozco otro medio para acabar con los varones."

El mito de las amazonas pone de manifiesto un femenino que desea contrarrestar la violencia del patriarcado con las mismas armas y los mismos modos que los varones, como si ese fuera el único camino posible. Asimilaron el modelo masculino en su cuerpo, mutilándolo para transformarlo en una máquina de guerra. Afirmaron su derecho a existir como sujetos y no como esclavas dependientes del deseo y de la violencia del varón, renunciando a traer al mundo la diferencia que les define como mujeres y que debe existir para no desaparecer en una triste puesta en escena de una molde que tiene al varón como universal de lo humano, que reina sobre el mundo.

En el mito de las amazonas, además, resuena un femenino que conocemos bien, el femenino que ha puesto la emancipación como reivindicación de la igualdad con el otro sexo, buscando el reconocimiento de derechos y oportunidades en todos los campos: político, social y también militar. Y aquí han quedado las reivindicaciones. Con la incorporación de las mujeres en el ámbito militar, la paridad se ha conseguido definitivamente.

Y así, las mujeres en el poder, hacen la guerra a la manera de los hombres (por ejemplo, Condolezza Rice); las mujeres directivas son agresivas y violentas como los hombres; las mujeres soldado, armadas para matar, se muestran orgullosas de su mimetismo con los hombres, listas para obedecer las órdenes más deshumanizadas como torturar y humillar a personas inermes en su pobre desnudez.

No debemos olvidar, sin embargo, que ya en el siglo XVIII, la igualdad se reivindicó para las personas que vivían en una sociedad dividida jerárquicamente en clases que excluían de la vida política a la parte más activa de la sociedad. Proclamando que todos los humanos son iguales, la ilustración pretendía acabar con el Antigua Régimen, basado en el privilegio de nacer y pertenecer a la nobleza y al clero.

Cuando los derechos humanos y civiles se reconocieron también para las mujeres, estas siguieron de hecho siendo consideradas como amorosas compañeras del hombre, primorosas madres, custodias de los hogares. Estaba implícito la necesidad de parecerse a los varones lo más posible si pretendían participar de la vida política y social de su localidad.

En definitiva, la igualdad supone en realidad un engaño, ya que implica lo contrario, al imponer de hecho a las mujeres la uniformidad con los varones. Si dos sujetos son diferentes, pero uno debe asimilarse al otro, no sólo desaparece la diferencia, sino también la igualdad, puesto que lo masculino se propone como el único modelo superior de declinación de lo humano. En la realidad, esta presunta igualdad impone de hecho un lenguaje, una política, un modo de trabajo pensado en masculino, un falso y ambiguo universal que pretende ser representativo también de lo femenino.

Si quieren existir como sujetos con la diferencia que les constituye, las mujeres deberán aprender a pensar y actuar conforme a ella, sólo entonces se podrán hablar de una igualdad que no desaparece en la asimilación de un género por parte de otro.

La integración social de lo femenino realizada en el proceso de emancipación, tal y como se ha configurado a lo largo del tiempo, no transforma el patriarcado en lo más mínimo. Aún más, la mujer, que cada vez se asemeja más al varón, termina por inaugurar una suerte de “género neutro”, ni completamente masculino, ni plenamente femenino, que seguramente tendrá un efecto dañino tanto para mujeres como para varones.

Es la lección del feminismo en su expresión más radical y más atenta a la diferencia.

Cierto, no es fácil para las mujeres vivir la diferencia sexual en un sociedad patriarcal que la ha estigmatizado como inferior en el plano ontológico, desvalorizándola. Con el tiempo, las mujeres han desarrollado una tendencia a la adaptación a la realidad para sobrevivir. Esta adaptación les ha apagado el deseo de autoafirmación, les ha llevado a interiorizar sin crítica la convicción de una naturaleza inferior, y a transmitirla así a sus propias hijas, terminando por ser las custodias y cómplices del mismo patriarcado.

No por casualidad Carla Lonzi declaraba en su libro *Escupamos sobre Hegel* que el problema de la liberación de la mujer no se puede resolver en la lucha por la igualdad, porque “la igualdad es lo que se ofrece a los colonizados en cuanto a leyes y derechos. Es lo que se impone en el plano cultural. Es el principio sobre el que los hegemónicos continúan a condicionar a los no hegemónicos.”

Asimismo, Luce Irigaray ha afirmado: “Es la diferencia sexual lo que hay que pensar el siglo próximo.”

Las Amazonas anticiparon en cierto sentido la búsqueda de la emancipación, la asimilación al modelo masculino, sabiendo sin embargo, que “ser iguales que los varones” en el ejercicio de la violencia y del poder, comportaba la mutilación del cuerpo femenino, además de una condena a muerte de lo femenino en sí. Indirectamente, nos invitan a buscar un nuevo camino, el de la liberación que mantiene viva la diferencia.

4. La política de las mujeres

Gran parte del movimiento feminista está consiguiendo traer al mundo la política de las mujeres, una política capaz de expresar un modo diferente de ser, de pensar y de sentir, un modo que se centra en el nacimiento (Arendt), no en la muerte, en el “comienzo” como capacidad de dar inicio a algo nuevo que abre la posibilidad de futuro para todos y todas, un modo de relacionarse con el o la otra, con atención y cuidados, no como deber patriarcal, sino como elección propia.

Lo nuevo que se trae al rígido y monocorde mundo patriarcal es una idea de seguridad, no entendida de manera militar como defensa del enemigo, sino como empatía, solidaridad con la vida de todo el mundo, una idea que rechaza la pérdida que supone la carrera armamentística que genera sólo pobreza e inseguridad.

Lo nuevo es la construcción de la paz en la justicia, no la imposición del vencedor arrogante sobre el vencido; es asumir el sentido del límite y la precariedad como intrínsecos a la existencia humana; se trata de rechazar la pasión nihilista que desemboca en la omnipotencia homicida del militarismo.

Lo nuevo es la capacidad de pensar en los procesos, de ir más allá de la lógica binaria basada en el principio de identidad y no contradicción, que llama razón a una práctica discursiva puramente opositiva y excluyente, centrada en la celebración de sí misma. Dicha razón construye su identidad rechazando cualquier otra raza, nación o cultura, y eliminando “lo otro de sí” de su horizonte, en especial, excluyendo lo femenino de la escena política. Todo esto significa que, en vez de limitarse a contraponer A a B, las mujeres deciden buscar el modo de llegar a B, movidas

por el deseo de encontrar al otro en carne y hueso, de conocer el sentido de la distancia que separa dos pueblos o dos grupos en una misma sociedad. Pensar los procesos significa atravesar el conflicto, mostrándose capaces de entrar en diálogo para encontrar una mediación respetuosa con los motivos de las dos partes.

Lo nuevo es adoptar la responsabilidad de existir en la unicidad que caracteriza el nacimiento, rechazando el conformismo que anula la pluralidad de los sujetos, que los hace desaparecer en la masa, compuesta de individuos aislados y atomizados, ansiosos de confundirse en la fuerte identidad del “nosotros y nosotras colectivo” para darse un valor y una consistencia aparentes. Sólo salvaguardando nuestra unicidad, que se nos anuncia como un “cuerpo propio” (Husserl), viviente y vivido, es posible abrirse a la relación con el otro.

Lo nuevo es el rechazo del fundamentalismo y del integrismo que fomentan una intolerancia rabiosa y un fanatismo mortal; es la valentía de promover y de vivir una cultura laica de la pluralidad, centrada en el valor del parentesco, entendido como “lo que se pone en relación”, lo que hace posible que exista un vínculo, como puente a lo otro de sí, evocado y pensado siempre como interlocutor en la diversidad de su historia, de su visión del mundo, y no como enemigo que abatir.

Lo nuevo es un enfoque de género en la solución a los conflictos, en la seguridad que la política no es neutra, sino sexuada, seguridad que pone en escena a las mujeres como “agentes de paz” y no como las eternas y pasivas víctimas de las guerras del patriarcado.

H. Arendt, tratando de sacar a la luz las características de nuestro tiempo, decía: “La falta de pensamiento – la descuidada superficialidad o la confusión sin esperanza o la repetición complaciente de verdad que deviene vacía y fraccionada – me parecen de las principales características de nuestro tiempo. Lo que propongo, por esto mismo, es muy simple: tan sólo pensar en lo que hacemos.”

Este es seguramente uno de los deberes fundamentales de las mujeres, traer al mundo un “pensamiento encarnado” en un cuerpo que ama, sufre, vive la felicidad y el dolor; un pensamiento inquieto que mira con sospecha las certezas construidas por la razón universal y por las religiones; un pensamiento abierto que se interroga continuamente, rechazando las verdades que llevan a enfrentamientos, como esas que el patriarcado nos impone desde hace milenios, y que insisten en la mortal repetición de lo mismo, llamado por Freud el “instinto de muerte”, por la carga de destrucción que conlleva.

En la actuación política de las mujeres aparecerá de nuevo Metis, la diosa cuyo nombre quiere decir “consejo sabio”, la diosa más sabia, pues conoce el bien y el mal. Pertenece esta diosa a la primera generación de los dioses y por lo tanto es anterior a Zeus, que desea poseerla para robarle la sabiduría de la que carece. La fuerza (Bía) y el poder (Kratos), que están al servicio de Zeus, son suficientes para vencer una guerra e imponer su dominio, pero no son suficientes para gobernar; Metis puede hacerlo, por lo que es superior y Zeus no puede tolerarlo. Este la captura con violencia y la devora, englobándola en el cuerpo masculino que domina sobre los humanos, el nuevo rey que desfigurará la sabiduría, trayéndola al mundo como astucia, engaño, falsedad y violencia.

Con el golpe de hacha de Efesto sobre la cabeza de Zeus, nace la joven de las armas, Atenea, la diosa guerrera, venerada asimismo como de la Razón, de una razón, sin embargo, que se desprende de la Ley del Padre y que no muestra semejanza alguna con la desaparecida sabiduría de la madre Metis.

En la actuación política de las mujeres, dispuestas a asumir por completo la diferencia sexual y a liberarse a la Ley del Padre, escrita en funesta conjura por Logos y Polemos, Metis volverá definitivamente para vivir en el cuerpo, en el corazón y en la mente de las mujeres que no permitirán más a ningún varón apoderarse de su antigua sabiduría.

Me parece legítimo terminar con un poema de Safo, que suena a invitación a no dejarse seducir por el militarismo y a vivir en el amor y en la belleza:

"Dicen unos que es la cosa más bella de la tierra una columna de caballeros, otros de infantes, y otros que una escuadra de navíos, sobre la tierra oscura es lo más bello; Y yo pienso:
bello es lo que una ama."

Graziella Longoni – Mujeres de Negro de Milán

17 de junio de 2007 – Seminario de Mujeres de Negro de L'Aquila

Traducido por: Laura Moreno Egea – Mujeres de Negro de Málaga